



Capítulo 89

Alon sabía lo del cardenal Sergio.

De hecho, era casi imposible no conocer a Sergio.

Era uno de los principales villanos que aparecía al entrar en el Reino Sagrado mientras jugabas a Psychedelia y también fue el primer personaje que hizo que el jugador tomara conciencia de la corrupción del reino.

Alon ya era consciente de lo fuerte que era su influencia dentro del Reino Sagrado de Rosario y de lo retorcida que podía ser su personalidad.

En Psychedelia, una vez había ejecutado a docenas de creyentes inocentes con el argumento de que «no creían en Dios», simplemente porque desafiaban su palabra.

En resumen, Alon sabía que Sergio era una persona despreciable.

«Sí, así que si te mudas aquí así, sí, eso es. Puedes proceder de esta manera. Una vez que llegue el cardenal jefe...».

Ver a Sergius explicar la situación con cuidado, mirando nerviosamente a Alon, resultaba bastante incómodo por muchas razones.

«Pensé que sería problemático encontrarme con él, así que intenté evitarlo en la medida de lo posible».



Sorprendido por esta actitud inesperada, Alon reflexionó sobre la pregunta que le rondaba la cabeza desde hacía rato.

«... ¿Qué demonios ha pasado para que actúe así?».

Alon, que no era tonto, se dio cuenta de que la razón por la que Sergio estaba siendo tan diferente era porque Yutia estaba detrás de él.

Sin embargo, por más que lo pensaba, no podía entender por qué Sergio estaba siendo tan cauteloso.

El Sergius Alon que conocía Psychedelia era un villano corrupto que, incluso en sus últimos momentos, nunca abandonó su orgullo.

Así que,

Él miró sutilmente a Yutia, que sonreía alegremente en la distancia, aunque solo por un momento.

«Eh, ¿lo has entendido todo...?»

En respuesta a la vacilante pregunta del cardenal Sergio, Alon asintió con la cabeza.

«Sí, lo entendí todo, gracias a ti».

«Oh, qué alivio».

«Por cierto, no hace falta que uses un lenguaje formal conmigo».



sugirió Alon.

Aunque era un noble de Asteria, Sergio ocupaba uno de los puestos más altos bajo el papa y la diosa, por lo que no había necesidad de tanta formalidad.

A pesar de ello, Alon se lo propuso con delicadeza, pero...

«No, no, no, no, no, no... ¿cómo podría hacerlo? Solo soy un siervo de Dios, ¿cómo me atrevería a hacer algo así?».

Las excesivas negativas de Sergio, hasta el punto de decir «no» innumerables veces, provocaron en Alon una intensa sensación de incongruencia.

«... ¿Es este realmente el mismo villano que mostraba desprecio por la humanidad cada vez que me lo encontraba en el juego?».

Alon respondió con torpeza mientras recordaba la frase de Sergius en el juego:

[«¡Nunca entenderé por qué debo mostrar respeto a criaturas inferiores que ni siquiera creen en Dios!»]

«¿Es eso... así?»

«¡Por supuesto, absolutamente!»

Al ver la risa forzada y torpe de Sergius, Alon carraspeó y habló.



—En fin, gracias por hacer todo lo posible por ayudarnos. No tenía por qué venir a explicárnoslo personalmente, cardenal.

«No, no pasa nada. Como gerente, es algo que se espera que haga...».

Alon sabía que estas pequeñas explicaciones no solían ser responsabilidad del gerente, pero asintió sin preguntar más.

«Ya veo».

«Sí, sí...».

Sergio bajó la cabeza.

Al verlo inclinarse, Alon no pudo evitar preguntarse dónde había ido a parar el corrupto cardenal del Reino Sagrado.

Una pregunta surgió en su mente mientras observaba a Sergio actuar con tanta deferencia.

«Por cierto, ¿tiene usted una relación cercana con el cardenal Yutia?».

preguntó Alon, aunque supuso que no lo eran, por si acaso.

Sin embargo,

«Por supuesto, señor. El cardenal Sergio y yo hablamos a menudo de Sironia»,



respondió Yutia, no Sergio.

«¿No es así, cardenal Sergio?».

preguntó Yutia con una brillante sonrisa, como buscando confirmación, y Sergio asintió frenéticamente, paralizado en el sitio.

«¡Sí, sí, sí! ¡Por supuesto!».

«¿Por qué asientes con tanta energía? Si haces eso, podría parecer que me lo estoy inventando y dar una impresión equivocada».

«¡Jajaja! ¿Estoy siendo torpe? Solo quería expresar lo cercana que soy al cardenal Yutia. ¡Quizás me he entusiasmado demasiado...!».

Sergius intentó desesperadamente explicarse.

«Sí, sí, hazlo como lo harías normalmente. Ya sabes, ¿verdad?».

«Sí, lo entiendo...».

«Ponte cómodo. Relájate».

«¡Sí!»

Yutia, satisfecha con la respuesta tajante, casi militar, de Sergius, se volvió hacia Alon con una sonrisa.



«¿Ves? Te dije que estábamos cerca».

Era casi como ver a un estudiante que dice ser «amigo» de alguien a quien acosa, justo delante del maestro.

«Ya veo...».

Alon solo pudo asentir en silencio.

... Una vez más, recordó que Yutia era uno de los cinco pecados capitales.

#####

Justo después de conocer a Sergius y recibir una breve explicación sobre la ceremonia,

Alon, hablando con Yutia, le hizo la pregunta que no había podido hacerle el día anterior.

«¿Entidades abisales...?»

«Sí, ¿sabes algo sobre ellas?».

Buscaba información sobre las entidades abisales traídas por Evan.

Al saber que la mayoría de las entidades abisales del mercado acababan en el Reino Sagrado, Alon pensó que Yutia podría saber algo.



«Mmm, he oido hablar de las entidades abisales... pero no sé mucho más que eso».

Yutia pareció reflexionar profundamente antes de responder finalmente.

«¿Sabes algo sobre las entidades abisales?».

«Sí, se debe a los efectos de los objetos».

«Ah».

Alon soltó una exclamación en voz baja.

De hecho, los objetos abisales sin duda serían de interés para el Reino Sagrado.

Esto se debía a que tanto las entidades abisales como las gemas abisales, aunque muy débiles, podían otorgar un estatus divino a las personas.

Para el Reino Sagrado de Rosario, los objetos abisales eran prácticamente artefactos heréticos, por lo que no era de extrañar que Yutia los conociera.

«Bueno, como mencionaste, si alguien en el Reino Sagrado está utilizando entidades abisales, podría ser un problema grave, así que lo investigaré».

«Te lo agradecería».

«No, esto es algo que el Reino Sagrado debe manejar sin falta».

Yutia asintió con la cabeza y continuó.

—Ah, y mañana podrá entrar en la Cámara del Espíritu Santo, señor.

«¿Mañana?».

«Sí».

Alon se sorprendió mucho interiormente por las palabras de Yutia.

«... Para ser sincero, pensé que tendría que esperar más de dos semanas para entrar».

Por lo que él sabía, los sacerdotes por debajo del rango de obispo tardaban mucho tiempo en obtener acceso a la Cámara del Espíritu Santo.

Y por una buena razón.

La Cámara del Espíritu Santo fue designada como reliquia dentro del propio Reino Sagrado.

Por lo tanto, Alon estaba preparado para esperar en silencio durante unas dos semanas, lo que hacía que esta noticia inesperada fuera aún más sorprendente.

Aunque no lo demostró en su rostro.



«No es mucha molestia, ¿verdad?».

«En absoluto».

Al ver a Yutia sonreír mientras hablaba, Alon sintió una vaga sensación de inquietud.

Recordando el comportamiento de Sergius de antes, volvió a preguntar.

«Yutia».

«Sí, señor».

—Solo por curiosidad, no utilizaste ningún método... cuestionable en mi nombre, ¿verdad?

Alon formuló su pregunta de forma sutil para evitar sonar demasiado directo sobre la violencia, y Yutia sonrió levemente.

«Por supuesto que no. ¿Por qué iba a hacer algo así?».

«¿Ah, sí?»

«Sí, solo utilicé un poco de «persuasión». No hay nada de qué preocuparse».

...».

Alon respondió con un silencioso asentimiento.



#####

A la noche siguiente.

Tras Yutia, Alon se dirigió a la Cámara del Espíritu Santo, situada en lo más profundo del Templo del Rosario.

Dentro del templo,

«Cardenal Yutía».

«Hola, Yuman».

Conocieron a un joven.

Aunque vestía las vestiduras sagradas, todavía tenía un aspecto juvenil, aún no había alcanzado la madurez.

Sin embargo, a pesar de su juventud, ninguno de los paladines o sacerdotes que custodiaban el templo se atrevía a menospreciarlo.

Ante Yutia y Alon, con expresión de descontento, se encontraba nada menos que el hombre conocido como el Santo en el Reino Sagrado de Rosario, elegido directamente por la diosa Sironia.

La mirada de Yuman se desplazó hacia el conde Palatio.



«Permitir que un no creyente entre en la Cámara del Espíritu Santo es excesivo».

Su tono era abiertamente hostil.

Sin embargo, Yutia mantuvo la sonrisa.

«Según tengo entendido, la decisión ya estaba tomada».

«Ja, ¿no fue usted quien impulsó este resultado, cardenal Yutia?».

«Creo que el santo sabe bien que se llevó a cabo de forma transparente, mediante una votación».

«Pero la votación en sí...».

Yuman, a punto de protestar más, cerró la boca.

A primera vista, Yutia tenía razón. La propuesta de permitir el acceso al conde Palatio se había decidido por votación.

Con un pequeño suspiro y el ceño fruncido, Yuman habló.

«Comportarse de esa manera es impropio, cardenal Yutia».

«Gracias por su preocupación».



Con esa advertencia, Yuman miró fríamente al conde Palatio antes de pasar junto a él.

«... Parece que ahora podría sentir aversión por mí».

Alon se sintió un poco incómodo por la evidente hostilidad de Yuman, pero se encogió de hombros.

En realidad, no se sentía particularmente intimidado por la animosidad de Yuman.

O más bien, no le preocupaba, precisamente porque el carácter de Yuman no era violento.

A pesar de ser un hombre estricto y con principios arraigados en la fe, la naturaleza de Yuman no era maliciosa; si hubiera sido el protagonista, habría sido el tipo de persona que los jugadores se burlarían por su actitud excesivamente recta, propia de un santo.

Así, sin preocuparse demasiado, Alon pudo llegar a la Cámara del Santo junto a Yutia.

«Buena suerte, señor».

Mientras se adentraba en la Cámara del Espíritu Santo, murmuró: «Oh», mirando a su alrededor con asombro.

La sala era tal y como la recordaba, completamente cubierta de mármol blanco inmaculado.



Pero lo que realmente capturó su admiración fue la estatua de la diosa Sironia en el extremo más alejado de la habitación.

La enorme estatua, que ocupaba más de la mitad del espacio, era abrumadora por su grandeza.

«Normalmente, esa estatua emitía una luz radiante que permitía la comunicación con la diosa».

Pero eso era algo que solo el protagonista original, Eliban, los santos o los obispos con una fe profunda podían hacer.

«... Ah, ahora que lo pienso, creo que ni siquiera los obispos y cardenales podían hacer brillar la estatua».

Alon recordó que cuanto más intensa era la luz de la estatua, más clara era la conexión con la diosa, pero eso no era algo que le preocupara especialmente.

Suspiro.

Alon reunió una pequeña cantidad de energía mágica y realizó un sencillo sello para obtener el objeto que buscaba.

«Percepción».

Mientras lanzaba el hechizo, en el momento en que la magia comenzó a activarse...

¡Wooooong~!



«¿Eh?»

Una luz blanca y brillante comenzó a brotar de la estatua de la diosa.

#####

A Yuman, uno de los dos únicos santos del Reino Sagrado de Rosario y un hombre muy querido por el pueblo del Reino Sagrado, no le gustaba el conde Palatio.

O, para ser más precisos, recientemente había comenzado a sentir aversión por él.

Esto se debía a que, a pesar de no ser seguidor de Sironia, había utilizado sus contactos para acceder a la Cámara del Espíritu Santo.

Y lo hizo a través de la cardenal Yutia, que había estado manipulando el reino convenciendo a los demás cardenales para que hicieran su voluntad.

Sin embargo, a pesar de saberlo, Yuman no podía hacer nada, ya que la propia diosa Sironia había guardado silencio sobre Yutia.

«¿Por qué la diosa sigue permitiéndola?».

Yuman suspiró brevemente, frustrado.

Pero solo fue por un momento. Yuman se trasladó entonces a una habitación cercana.

Era una pequeña sala contigua a la Sala del Espíritu Santo.

Un pequeño confesionario, con capacidad para una sola persona, reservado exclusivamente a los santos, desde donde se podía vislumbrar la Cámara del Espíritu Santo.

Miró dentro para vigilar al conde Palatio, preocupado por si pudiera robar algo de la sala llena de reliquias.

«... ¿Qué?».

Solo pudo articular eso en un silencio atónito mientras miraba al conde Palatio de pie en el centro de la sala.

Y con razón: la estatua de la diosa Sironia irradiaba una luz brillante.

Una luz aún más magnífica que cuando él, un santo, escuchó las palabras de la diosa.